Cuento de Navidad de Charles Dickens para niños

Ebenezer Scrooge tenía una oficina pequeña, una caja llena de monedas y muy pocas ganas de celebrar la Navidad.

—¡Tonterías! —decía cada vez que alguien le deseaba unas felices fiestas.

Su empleado, Bob Cratchit, trabajaba junto a una estufa casi apagada. Se frotaba las manos para calentarse, pero Scrooge no quería gastar más carbón.

Aquella tarde llegó Fred, el sobrino de Scrooge.

—Ven a cenar con nosotros mañana, tío. Te guardaremos un sitio.

—Tengo cosas más importantes que hacer.

Fred se marchó sin enfadarse. Bob también se despidió y corrió a casa, donde lo esperaba su familia.

Scrooge regresó solo a la suya. Mientras se ponía el camisón, escuchó una voz conocida: la de Marley, su antiguo socio, que había muerto años atrás.

Su figura apareció suavemente junto a la puerta.

—No tengas miedo —dijo—. He venido a ayudarte. Pasamos tanto tiempo contando monedas que olvidamos a las personas. Esta noche recibirás tres visitas. Escúchalas.

Cuando Marley desapareció, una luz tibia iluminó la habitación. Dentro de ella había un pequeño espíritu de rostro amable.

—Soy la Navidad Pasada. Ven conmigo.

En un instante, Scrooge se encontró en la escuela de su infancia. Vio a un niño sentado junto a una ventana, esperando una visita.

Era él mismo.

Recordó cuánto había deseado que alguien lo acompañara. Después apareció su hermana, que venía a buscarlo, y la habitación se llenó de alegría.

La escena cambió. Scrooge era joven y trabajaba para el señor Fezziwig, que había organizado una fiesta para sus empleados.

—No gastó una fortuna —murmuró Scrooge—. Y nos hizo sentir tan felices...

Pensó en Bob y en sus manos heladas.

De vuelta en casa lo esperaba otro visitante, grande y sonriente, con una corona de hojas verdes.

—Soy la Navidad Presente. Hay algo que debes ver.

El espíritu lo llevó al hogar de los Cratchit. La cena era sencilla. Los niños colocaban los platos y Bob ayudaba a sentarse a su hijo pequeño, Tim, que caminaba con una muleta.

Tim necesitaba cuidados, pero aquella noche estaba contento de tener a su familia alrededor.

—¿Tendrá todo lo que necesita? —preguntó Scrooge.

—Su familia hace lo que puede —respondió el espíritu—. Tú también puedes hacer algo.

Después visitaron la casa de Fred. Había un lugar preparado para su tío, aunque nadie sabía si vendría.

Scrooge miró la silla vacía y bajó la cabeza.

El tercer espíritu llegó en silencio. Era la Navidad Futura. No dijo una palabra; simplemente le mostró lo que podría ocurrir si seguía viviendo de la misma manera.

Scrooge vio su oficina cerrada y su casa siempre oscura. En otras ventanas había reuniones y risas, pero él permanecía apartado, dejando pasar las invitaciones.

No le gustó aquel futuro.

—¿Todavía puedo cambiarlo? —preguntó.

El espíritu señaló una puerta abierta, al fondo de la calle.

Scrooge dio un paso hacia ella y despertó en su cama.

¡Era la mañana de Navidad!

Abrió la ventana, respiró el aire frío y compró una buena comida para los Cratchit. Después fue a casa de Fred.

—¿Sigue libre mi sitio?

Su sobrino lo abrazó antes de que terminara la pregunta.

Al día siguiente, Scrooge aumentó el sueldo de Bob y llenó la estufa de carbón. También ayudó a que Tim recibiera los cuidados que necesitaba.

No se volvió generoso solo durante las fiestas. Aprendió a escuchar, a visitar y a compartir durante todo el año.

Y cuando alguien decía «feliz Navidad», Scrooge ya tenía preparada una respuesta:

—¡Feliz Navidad! Qué alegría verte.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué tres espíritus visitaron a Scrooge aquella noche?

2. ¿Qué vio Scrooge en casa de los Cratchit y de Fred que le hizo cambiar?

3. ¿Qué podrías hacer tú en Navidad para que alguien se sienta acompañado?